

---

---

PLATICA DIRIGIDA

A LA

ASOCIACION DE LAS HIJAS DE MARÍA  
AL TERMINAR EL MES DE MAYO

TRADUCIDA PARA

EL SERMONARIO MEXICANO

POR SU EDITOR

---

Moisés fué el escogido por el Señor para librar á los israelitas de la sujecion de los egipcios y llevarlos al país afortunado de Canaán. Moisés había huido de Egipto y refugiádose en Madian, en la casa de su suegro, Jethró, cuyos numerosos rebaños cuidaba. Un dia caminó muy lejos con sus ovejas y penetrando en el desierto llegó á la montaña de Horeb. Allí se le apareció Dios en una llama de fuego, *in flamma ignis*, que brotaba en medio de una zarza, que ardía pero no se quemaba.

Al ver esto Moisés se dijo: Es preciso que vea yo esa maravilla: *visionem hanc magnam*; y sepa por qué no se quema esa zarza á pesar de que toda ella es un ascua.

Viendo el Señor que Moisés se acercaba á él para comprender lo que pasaba, le habló desde la zarza y le dijo: ¡Moisés, Moisés! Aquí estoy, respondió Moisés: *Adsum*.

No te acerques aquí, dijo el Señor Dios, sin dar antes grandes muestras de respeto; descálzate de las sandalias, porque estás en un lugar santo: *terra sancta est*. Y agregó: Yo soy el Dios de tu padre, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob. Moisés al oír esto ocultó el rostro porque no se atrevía á mirar á Jehová. Y el Señor le dijo: "He visto la aflicción de mi pueblo en Egipto, he oído sus clamores á causa del rigor con que le tratan los que le obligan á trabajar más de lo que sus fuerzas le permiten y he venido porque quiero libertarlo de los que le oprimen y hacerle pasar á una tierra buena y espaciosa y tan abundante, que es como si brotaran en ella arroyos de leche y miel. Las quejas de los hijos de Israel han llegado hasta mí, he visto su dolor y los trabajos que le hacen pasar los egipcios (1).

Yo también he visto la aflicción de mis hijas, decía la Santísima Virgen, y sus clamores han llegado hasta mí. Veo cómo las persigue el mundo, y conocedora de sus penas he venido para librarlas de sus enemigos reuniéndolas en una asociación santa. Yo soy la Madre del Dios de Abraham, del Dios de Isaac y del Dios de Jacob, y como Madre semejante necesito hijas que sean dignas de mí; quiero hijas voluntarias para formar una Asociación piadosa, numerosa y santa. Quiero que esta Asociación me aclame Reina y toda reina debe tener una guardia de honor.

¿No es verdad, hijas piadosas de María, que queréis formar la guardia de honor de la Reina del cielo y de la tierra?

Allá en el cielo forman esa guardia los ángeles y los arcángeles, los querubines y los serafines, los tronos y las dominaciones, los principados y las potencias; en una palabra, todos los espíritus celestes, que se componen de los patriarcas y los profetas, los apóstoles y los mártires, los confesores y las vírgenes y los santos todos.

(1) Exodo, III, 1 y siguientes.

¿Cuál será en la tierra la guardia de honor de María? ¡Oh! esa guardia la componen las piadosas hijas de María, porque son las que más particularmente adoran á la Virgen inmaculada, las que procuran imitar su pureza, su humildad, su paciencia, su dulzura y su caridad; son las vírgenes, no sólo de cuerpo, sino de alma y corazón; son las que al consagrarse á María le han dicho con todo su amor: "¡Oh soberana Señora, Reina de los cielos y Madre mía! bien sé que soy indigna de llamarme hija tuya, pero cuando menos espero que me admitirás como una de tus esclavas más ínfimas, pues bien sé que servirte es gobernar." Hasta hoy he vivido como un verdadero hijo pródigo, indiferente á las lágrimas de la mejor de las madres, sin escuchar sus consejos saludables y cariñosos, sin hacer caso de sus amargas quejas, ni seguir sus suaves exhortaciones. He vagado por el desierto como oveja descarriada: *Erravi sicut, ovis quae perit* (1), porque me separé voluntariamente del rebaño y dejé el aprisco de la Asociación de María. Pero ¡oh Madre mía cariñosa! aquí me tienes á tus plantas y te digo como Moisés al Señor: Héme aquí. Sí, héme aquí, ¡oh Virgen pura! héme aquí que vengo para formar parte de tu guardia de honor, quiero ser uno de los miembros de tu Asociación, de la que seré uno de los más atentos, uno de los que más te respeten con toda veneración y cariño; aquí estoy, y de aquí no quiero salir porque estoy en tierra santa. Yo procuraré no profanarla, sobre todo tratándose de servirte, ¡oh Madre Purísima! porque sabré domeñar mis pasiones. No echaré en olvido que soy uno de tus guardias de honor, un miembro de la congregación, y que como tal debo combatir con valor y sin descanso. De antemano sé que mis enemigos procuran apoderarse nuevamente de mí: el primero que me hable será el orgullo y me dirá: "No te dejes dominar, no sufras que te humillen y vuelva mal por mal;" pero yo le contestaré,

(1) Ps., CXVIII., 176.

aléjate de mí porque estoy en tierra santa, la Asociación á que pertenezco es santa y no podría estar en su seno si me vistiera de iniquidad y podredumbre.

“Cúbrete de adornos y de alhajas, me dirá la vanidad, ostenta la hermosura de que estás dotada, luce tus gracias entre fiestas y convites y te harás dueña de los corazones;” pero yo le diré: Vete, porque estoy en tierra santa, la Asociación á que pertenezco es santa y no podría estar en su seno si me revistiera de iniquidad y podredumbre.

También me hablará el lujo, diciéndome: “Acércate, ven, aquí tienes un lugar escogido. Ningun peligro corres en mi compañía. ¿Acaso tienes ojos para no ver y oídos para no oír? Ven y habla, y siente como sentimos todos, pues para eso tenemos corazón.” Y yo les contestaré: Verdad es que tengo ojos, pero no para que penetre por ellos la muerte en mi alma, sino para tenerlos fijos en Jesús que está clavado en una Cruz y en María que está en pie junto á ella llorando por mis pecados. Oídos tengo, es cierto, pero no para oír palabras abominables, inmorales y obscenas; sino para oír lo que me dicen Jesús y María que hablan á mi alma por medio de los que predicán la verdad. Corazón tengo, mas no para entregarlo á livianos deseos y á pasiones inmundas, sino para que adore la pureza de la Virgen inmaculada, porque estoy en tierra santa, la Asociación á que pertenezco es santa y no podría estar en su seno revestida de iniquidad y podredumbre.

Tal debe ser el lenguaje de las hijas de María, y tal es la promesa que dirigirán á la mejor de las madres; pero no sólo la promesa será lo que hagan, sino que sin interrupción honrarán á María, alabarán á María, invocarán á María y se abrazarán de María para ponerse en contacto con su pureza inefable.

¡Oh, cuánta alegría causais á María cuando os ve permanecer fieles á su servicio, y cuánta será la paz de vuestra alma, cuando se acerque el momento en que abando-

ne vuestros míseros despojos! Entonces, en esa hora suprema os abrasaréis de amor por María, procuraréis no apartaros de María y os cubriéis bajo su manto protector.

¡Oh Reina del cielo! en nombre de todas vuestras hijas reunidas aquí, acordáos de vuestra Asociación, tended sobre ella vuestros ojos misericordiosos, dadle vuestra mano para sostenerla y bendecirla. En vos, ¡oh Virgen purísima! tenemos depositada nuestra confianza despues de Dios. Oid, Señora, las súplicas de vuestras hijas, fortalecedlas en su resolución de perteneceros renunciando á las vanidades humanas, á las glorias humanas y á los placeres del mundo, para que hijas siempre de la Asociación de María puedan alcanzar la recompensa prometida por vuestro divino Hijo, á las almas que cantan las alabanzas de su Madre en esta vida, para seguir entonándolas en la eterna bienaventuranza.—AMEN.

¿Cuál será en la tierra la guardia de honor de María?  
 ¡Oh! esa guardia la componen las piadosas hijas de María, porque son las que más particularmente adoran á la Virgen inmaculada, las que procuran imitar su pureza, su humildad, su paciencia, su dulzura y su caridad; son las vírgenes, no sólo de cuerpo, sino de alma y corazón; son las que al consagrarse á María le han dicho con todo su amor: “¡Oh soberana Señora, Reina de los cielos y Madre mia! bien sé que soy indigna de llamarme hija tuya, pero cuando menos espero que me admitirás como una de tus esclavas más ínfimas, pues bien sé que servirte es gobernar.” Hasta hoy he vivido como un verdadero hijo pródigo, indiferente á las lágrimas de la mejor de las madres, sin escuchar sus consejos saludables y cariñosos, sin hacer caso de sus amargas quejas, ni seguir sus suaves exhortaciones. He vagado por el desierto como oveja descarriada: *Erravi sicut, ovis quae periit* (1), porque me separé voluntariamente del rebaño y dejé el aprisco de la Asociación de María. Pero ¡oh Madre mia cariñosa! aquí me tienes á tus plantas y te digo como Moisés al Señor: Héme aquí. Sí, héme aquí, ¡oh Virgen pura! héme aquí que vengo para formar parte de tu guardia de honor, quiero ser uno de los miembros de tu Asociación, de la que seré uno de los más atentos, uno de los que más te respeten con toda veneración y cariño; aquí estoy, y de aquí no quiero salir porque estoy en tierra santa. Yo procuraré no profanarla, sobre todo tratándose de servirte, ¡oh Madre Purísima! porque sabré domeñar mis pasiones. No echaré en olvido que soy uno de tus guardias de honor, un miembro de la congregación, y que como tal debo combatir con valor y sin descanso. De antemano sé que mis enemigos procuran apoderarse nuevamente de mí: el primero que me hable será el orgullo y me dirá: “No te dejes dominar, no sufras que te humillen y vuelve mal por mal;” pero yo le contestaré,

(1) Ps., CXVIII., 176.

aléjate de mí porque estoy en tierra santa, la Asociacion á que pertenezco es santa y no podría estar en su seno si me vistiera de iniquidad y podredumbre.

“Cúbrete de adornos y de alhajas, me dirá la vanidad, ostenta la hermosura de que estás dotada, luce tus gracias entre fiestas y convites y te harás dueña de los corazones;” pero yo le diré: Vete, porque estoy en tierra santa, la Asociacion á que pertenezco es santa y no podría estar en su seno si me revistiera de iniquidad y podredumbre.

Tambien me hablará el lujo, diciéndome: “Acércate, ven, aquí tienes un lugar escogido. Ningun peligro corres en mi compañía. ¿Acaso tienes ojos para no ver y oídos para no oír? Ven y habla, y siente como sentimos todos, pues para eso tenemos corazon.” Y yo les contestaré: Verdad es que tengo ojos, pero no para que penetre por ellos la muerte en mi alma, sino para tenerlos fijos en Jesús que está clavado en una Cruz y en María que está en pié junto á ella llorando por mis pecados. Oídos tengo, es cierto, pero no para oír palabras abominables, inmorales y obscenas; sino para oír lo que me dicen Jesús y María que hablan á mi alma por medio de los que predicán la verdad. Corazon tengo, mas no para entregarlo á livianos deseos y á pasiones inmundas, sino para que adore la pureza de la Virgen inmaculada, porque estoy en tierra santa, la Asociacion á que pertenezco es santa y no podría estar en su seno revestida de iniquidad y podredumbre.

Tal debe ser el lenguaje de las hijas de María, y tal es la promesa que dirigirán á la mejor de las madres; pero no sólo la promesa será lo que hagan, sino que sin interrupcion honrarán á María, alabarán á María, invocarán á María y se abrazarán de María para ponerse en contacto con su pureza inefable.

¡Oh, cuánta alegría causais á María cuando os ve permanecer fieles á su servicio, y cuánta será la paz de vuestra alma, cuando se acerque el momento en que abando-

ne vuestros míseros despojos! Entonces, en esa hora suprema os abrasaréis de amor por María, procuraréis no apartaros de María y os cubrireis bajo su manto protector.

¡Oh Reina del cielo! en nombre de todas vuestras hijas reunidas aquí, acordáos de vuestra Asociacion, tended sobre ella vuestros ojos misericordiosos, dadle vuestra mano para sostenerla y bendecirla. En vos, ¡oh Virgen purísima! tenemos depositada nuestra confianza despues de Dios. Oid, Señora, las súplicas de vuestras hijas, fortalecedlas en su resolucion de perteneceros renunciando á las vanidades humanas, á las glorias humanas y á los placeres del mundo, para que hijas siempre de la Asociacion de María puedan alcanzar la recompensa prometida por vuestro divino Hijo, á las almas que cantan las alabanzas de su Madre en esta vida, para seguir entonándolas en la eterna bienaventuranza.—AMEN.